

PROCESOS DE PAZ, FORMATIVOS HORIZONTALES Y UNA MIRADA DECOLONIAL

Nashyeli Figueroa Galván ¹

Adriana Celis Bandala ²

DOI: 10.19136/Cz.a16n33.6455

Resumen

Históricamente como sociedad occidentalizada, heteronormada, colonializada, los vínculos humanos se han construido desde una postura individualizante, cosificando las relaciones entre las personas, naturalizando violencias. No obstante, se han generado reflexiones y espacios que buscan fortalecer la toma de conciencia y acción pacíficos, de responsabilidad tanto ética como humana, como son los procesos formativos en las relaciones sociales; esto es, que no sólo implican dinámicas dentro de instituciones educativas, sino que implican la forma en que nos vivimos día a día. Queremos reflexionar y posicionarnos a partir de las posibilidades y herramientas que promueven la construcción de procesos de paz y procesos formativos con una mirada decolonial.

Palabras clave: violencias, procesos de paz, procesos formativos, decolonialidad.

Introducción

La idea principal que nos mueve para escribir este artículo tiene que ver con las reflexiones que surgen a partir de nuestra experiencia como mujeres investigadoras. Siendo formadoras en el área de humanidades a nivel posgrado, nos hemos percatado que en la actualidad nuestra sociedad precisa de acciones que contribuyan a la toma de conciencia, pues la naturalización y normalización de violencias sigue siendo una constante.

¹ Doctora en Sociología por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP). Posdoctorante de incidencia del CIATEJ-CONAHCYT. Desempeña sus actividades de investigación en CEIBAAS Guerrero. Correo electrónico: nafigueroa_pos@ciatej.edu.mx}

² Doctora en Sociología por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP). Posdoctorante en la Universidad Autónoma de Tlaxcala (UATx). Docente de la Maestría en Estudios de Género en la UATx. Correo electrónico adrianabandala@gmail.com

En diversos contextos sociales y culturales cotidianos, los diferentes tipos de violencia se continúan reproduciendo, por ende, fortaleciendo, en tanto que no existe una mínima reflexión de lo que significa ser una persona violenta o reproducir un contexto violento. Al ser prácticas o acciones naturalizadas se justifican, sosteniéndoles a través de discursos que van desde decir “así es” hasta “no exageremos”. En este sentido, cuestionar estas dinámicas de vida podría ser uno de los primeros acercamientos para los procesos de paz y procesos formativos horizontales desde una mirada decolonial. Debatir desde esta posición implica dejar de dar por sentado que las acciones humanas son naturales. Observar con detenimiento qué decimos, cómo nombramos y cómo actuamos es, desde nuestro punto de vista, el inicio de la creación de procesos y espacios de paz.

Construyendo procesos de paz, reconociendo las violencias

Johan Galtung (2014) escribió sobre las complejidades que existen para construir los procesos de paz, pero también de las posibilidades que tenemos para lograrlos. Menciona que, por ejemplo, la paz no sólo existe a nivel macro, refiriendo a los Estados/gobiernos nacionales, en tanto que pueden promover o detener guerras de acuerdo a sus intereses, sino también la paz tiene que ver con relaciones interpersonales. Es necesario señalar que los conflictos son una parte inevitable en las relaciones entre instituciones, estados y/o personas; no obstante, no implican necesariamente una guerra o violencias. Una de las principales dificultades para la creación de espacios o procesos de paz es justo la ausencia de praxis. No basta con definiciones o posicionamientos teóricos, sino más bien poder dar el paso hacia esa construcción.

La Educación para la paz tiene que estar preocupada por lo que se debe hacer al respecto, lo que significa que no tiene que haber solo una teoría para evitar la guerra y construir la paz, pero sí una teoría realizable, vinculada a algún tipo de práctica para los que estudian esta materia, no solo para «otros». Por supuesto, uno puede estudiar química sin necesariamente convertirse en químico. Pero la química no tiene que ser una preocupación para todo el mundo directamente; la paz sí. Nos afecta a todos como una cuestión de vida o muerte. (Galtung, 2014, pp.10-11. Énfasis original)

Una de las relaciones que habrá que vigilar y cuidar, tiene que ver con el poder. Es decir, si bien es cierto que en todas las relaciones hay una estructura de poder, qué tipo de poder se está detentando y de qué manera. John Holloway (2002) distingue dos tipos de poder: el poder-sobre y el poder-hacer. El poder-sobre sucede con y desde una estructura vertical, donde la dominación es necesaria no sólo sobre las personas sino sobre la naturaleza, condicionando el funcionamiento de los medios de producción, las políticas, la economía, etc. Contrariamente, el poder-hacer es una estructura horizontal: existe un diálogo, reconocimiento del otro, hay posibilidades de crear, de negociar, de cuestionar. Una y otra, verticalidad y horizontalidad, implican la construcción de sociedades diferentes, de relaciones diferentes, que significan y simbolizan las sociedades que habitamos y cada individuo es una expresión viva de lo que socialmente se construye, mejor dicho, construimos como sociedad.

Avanzar en la construcción de los procesos de paz implicaría acercarnos a comprender los diferentes tipos de violencia

que hay, pues si ésta no existiera, no sería necesario hablar de paz. El reconocer que en el presente aún hay legitimación de violencia en sus diferentes matices dentro de nuestras sociedades, implica una invitación al reconocimiento de qué es lo que estamos considerando como correcto y lo incorrecto, a qué le damos importancia y cómo lo justificamos; habría que pensar qué es considerado como violencia y qué no lo es. No obstante, las dificultades para dicho reconocimiento comenzarían a visibilizarse, en tanto que saldría a la luz el entretrejo de intereses estatales/gubernamentales, institucionales, individuales, desde el nivel micro, meso, macro, y que incluso se relacionan con el cuidado y manejo de los recursos naturales. Como apunta Galtung: “De forma que, los estudios sobre la violencia, parte indispensable de los estudios sobre la paz, podrían considerarse como un muestrario de terror; pero al igual que la patología, reflejan una realidad que debe ser reconocida y comprendida” (Galtung, 2016, p. 151).

Existe una multitud de definiciones de violencia, pero para continuar en sintonía, retomamos las definidas por Galtung (2016). Por un lado, la violencia cultural es definida como:

aquellos aspectos de la cultura, la esfera simbólica de nuestra existencia—materializado en la religión y la ideología, en el lenguaje y el arte, en la ciencia empírica y la ciencia formal (la lógica, las matemáticas)—que puede ser utilizada para justificar o legitimar la violencia directa o la violencia estructural. (p. 148)

Cabe señalar que una cultura no es violenta per se, sino que algunos elementos de cada cultura son violentos. la violencia

cultural es la antesala de la violencia directa y la violencia estructural:

La violencia cultural hace que la violencia directa y la estructural aparezcan, e incluso se perciban, como cargadas de razón, –o al menos, que se sienta que no están equivocadas–. Al igual que la ciencia política que se centra en dos problemas, –el uso del poder y la legitimación del uso del poder–, los estudios sobre la violencia enfocan dos problemas: la utilización de la violencia y su legitimación. El mecanismo psicológico sería la interiorización. El estudio de la violencia cultural subraya la forma en que se legitiman el acto de la violencia directa y el hecho de la violencia estructural y, por lo tanto, su transformación en aceptables para la sociedad. Una de las maneras de actuación de la violencia cultural es cambiar el utilitarismo moral, pasando del incorrecto al correcto o al aceptable. (Galtung, 2016, p. 149)

La violencia estructural, para Galtung, refiere principalmente a la explotación; en otras palabras, tiene que ver con las relaciones que fortalecen y crean la desigualdad: “La violencia estructural deja marcas no sólo en el cuerpo humano, sino también en la mente y en el espíritu” (Galtung, 2016, p. 153). Por ejemplo, el ostracismo, la manipulación, el adoctrinamiento, que “funcionan al impedir la formación de la conciencia y la movilización, que son las dos condiciones para la lucha eficaz contra la dominación y la explotación” (Galtung, 2016, p. 153).

Procesos formativos horizontales.

Las múltiples caras y facetas de las violencias pueden ser trastocadas a través de

preguntar, cuestionar, señalar todo aquello que daña o lastima la dignidad y la vida de las personas. Aquellos movimientos sociales que han hecho historia para reconocer, por ejemplo, que las mujeres no son un objeto, sino seres humanos, son parte de estas transformaciones necesarias para la construcción de espacios y procesos de paz.

Una de las herramientas y también espacios para estas transformaciones tienen que ver con la esencia de los procesos formativos horizontales. Lo que transforma estas lógicas de dominación ideológica como son las de la academia occidentalizada, es el reconocimiento crítico de nosotros mismos y del otro. Dónde estoy/estamos situados, cuál es nuestro contexto sociohistórico, cultural; esto posibilitará el reconocimiento de lo que no queremos seguir reproduciendo.

Si bien es cierto que hay muchas relaciones e instituciones que pudiesen transformarse para saber construir y mantener vivas las relaciones desde la paz, en el mundo de la vida cotidiana, es importante decir “no”. Esto puede ser un arma de doble filo, en tanto que, por ejemplo, puede ser que lo que para nosotros llegara a ser sentido o entendido como algo violento, para otras culturas no lo es. No obstante, apelar a nuestra dignidad es ya un primer y gran paso.

Desde un proceso formativo horizontal, el pensamiento crítico se hace fundamental. Dicho pensamiento tiene que ver con esa capacidad de ver más allá de lo que “naturalmente” creemos dado. Por ejemplo, una de las instituciones desde donde se aprende a justificar la violencia es la familia. Por otro lado, la familia en nuestra cultura es una institución sagrada que no se debe cuestionar, justo por toda la parte ideológica que le sostiene, sobre todo apoyada en la religión católica-cristiana.



Si recurrimos a un planteamiento crítico, humano y feminista, cuestionar el por qué le llamamos roles de género a aquello que suelen hacer las mujeres y los hombres, donde el sesgo biológico juega un papel fundamental para definir y justificar lo que “debe ser” una mujer o un hombre, puede comenzar a ser esa piedra incómoda del zapato, que permite ver más allá de lo cultural y socialmente establecido. Estamos además partiendo de las características de nuestra sociedad: el machismo, el eurocentrismo, el antropocentrismo, la heteronormatividad, son posicionamientos ante la vida misma, que pisotean a los diferentes, a las minorías, y no es porque sean menos en cantidad.

La formación desde la horizontalidad es posible, aunque incómodo y difícil, en tanto que implica aprender a leer y a escuchar al otro diferente sin que la diferencia sea motivo de discriminación o rechazo. El diálogo sólo existe y es posible si entre las partes hay disposición de escuchar, de comprender (no sólo de entender) y de respetar. Freire, en su máxima obra, Pedagogía del oprimido, menciona que hacer esto (poder-hacer, como dice Holloway) es una práctica liberadora que implica compromiso, análisis y reflexión constante.

Lo que puede y debe variar, en función de las condiciones históricas, en función del nivel de percepción de la realidad que tengan los oprimidos, es el contenido del diálogo. Sustituirlo por el antidiálogo, por la esloganización, por la verticalidad, por los comunicados es pretender la liberación de los oprimidos con instrumentos de domesticación... La acción y reflexión se imponen cuando no se pretende caer en el error de dicotomizar el contenido de la forma histórica de ser del hombre... estamos convencidos de

que la reflexión, si es verdadera reflexión, conduce a la práctica. (Freire, 2005, pp. 68-69)

Diría Freire, es importante que los oprimidos al comenzar a cuestionar tomen conciencia de sí como sujetos, y no como objetos, pues es necesario estar convencidos de que hay que transformar las relaciones en las cuales se reproduce la opresión, la violencia. Y algo importante que menciona Freire es que dentro de cada uno de nosotros vive el opresor, y ante eso habrá que tener cuidado:

... existe, en cierto momento de la experiencia existencial de los oprimidos, una atracción irresistible por el opreso. Por sus patrones de vida. Participar de estos patrones constituye una aspiración incontenible. En su enajenación quieren, a toda costa, parecerse al opresor, imitarlo, seguirlo. Esto se verifica, sobre todo, en los oprimidos de los estratos medios, cuyo anhelo es llegar a ser iguales al ‘hombre ilustre’ de la denominada clase ‘superior’. (Freire, 2005, p. 65)

La decolonialidad como otra forma de vivir

Los estudios decoloniales se posicionan frente a las realidades que como sociedad heteronormada, colonizada y eurocentrada, hemos normalizado. Contextualizando desde la posición de Ochy Curiel (2015), la postura decolonial es crítica, contribuye a conocer y comprender la historia desde otra lectura. La autora interpreta con sus palabras la siguiente contribución de Dussel para comprender cómo nace la posición decolonial:

Lo decolonial implica una nueva comprensión de las relaciones

globales y locales, que supone fundamentalmente entender... que la modernidad occidental eurocéntrica, el capitalismo mundial y el colonialismo son una trilogía inseparable... Desde esa visión eurocéntrica, la modernidad occidental se asume como emancipación, como utopía, como el mito que definió la superioridad de los europeos sobre los otros a quienes consideró bárbaros, inmaduros, a los que hay que desarrollar incluso, de ser necesario, a través de la guerra y la violencia, y a los que se ve como culpables de su propia victimización (2015, pp. 49–50).

Para Curiel,

La propuesta decolonial propone un desprendimiento de la colonialidad del poder, del saber y del ser que justifica la retórica de la modernidad, el progreso y la gestión democrática imperial. Este desprendimiento implica varias cuestiones en relación a los conocimientos que se producen, cómo se producen y para qué se producen. (2015, pp. 56–57. Énfasis original)

Es sumamente importante que, parafraseando a la autora, no se utilicen las reflexiones nacidas desde los otros sin reconocerles y utilizar su palabra para “limpiar culpas epistemológicas”, incluyendo que desde la academia sólo se retomen sus reflexiones y posicionamientos teóricos para dar “toque crítico a las investigaciones” (Curiel, 2015, p. 57).

La perspectiva decolonial contribuye a la visibilización y reconocimiento de las

subalternidades. De lo que ya un poco trabajó Freire con campesinos y obreros. De buscar la congruencia entre el ser–pensar–hacer, como lo dice también Yuderkis Espinosa (2013) pensar desde el hacer y viceversa. O como han planteado los zapatistas: mandar obedeciendo y caminar preguntando¹

Breves reflexiones

De las principales motivaciones para reflexionar en estos temas, en tan pocas líneas, tiene que ver con la urgencia de continuar buscando y transformando las relaciones que tejemos día a día, en la vida cotidiana. Más que una búsqueda teórica, profunda o compleja, este ejercicio tiene que ver con simplificar pensamientos en voz alta para poder contribuir mínimamente en aquellas acciones que hacemos de manera “natural” y ser conscientes de las consecuencias que tienen.

Muchos son los ejemplos que se pueden abordar, como la violencia entre parejas, dentro de las familias, en instituciones laborales, en la calle, hacia la naturaleza, animales domésticos. La lista puede ser tan larga como las realidades que vive cada una de las personas que habitamos el planeta. No obstante, habrá también que reflexionar sobre nuestra cultura, sobre esos niveles meso/macro que no tan fácilmente podemos transformar a título individual, pero que sí podemos elegir cómo posicionarnos ante lo que cada uno decide hacer, pensar y sentir al respecto. No reproducir, no consentir, no participar en aquello que lastima y fragmenta la dignidad humana.

1 <https://enlacezapatista.ezln.org.mx/1994/02/26/al-pueblo-de-mexico-hablaron-los-hombres-verdaderos-los-sin-rostro-mandar-obedeciendo/>

Referencias

- Curiel, O. (2014). Construyendo metodologías feministas desde el feminismo decolonial. En Mendia A., Luxán S., Legarreta I. et. Al. (Coord.), Otras formas de (re)conocer: reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista (pp. 45–60). Universidad del país vasco.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7619914>
- Espinosa, Y. et al. (2013). Reflexiones pedagógicas en torno al feminismo descolonial. Una conversa en cuatro voces. En Walsh, C. (ed.), Pedagogías decoloniales. Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re) vivir. (pp. 403–442). Ediciones Abya Yala
<https://observatorioedhemfoco.com.br/observatorio/reflexiones-pedagogicas-en-torno-al-feminismo-descolonial-una-conversa-en-cuatro-voces/>
- Galtung, J. (2014). La geopolítica de la Educación para la paz. Aprender a odiar la guerra, a amar la paz y a hacer algo al respecto. Revista de Paz y Conflictos. (7), 9–18.
<https://revistaseug.ugr.es/index.php/revpaz/article/view/1565>
- _____. (2016). La violencia cultural, estructural y directa. En Cuadernos de estrategia, (183), 147–168.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5832797>
- Freire, P. (2005). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI Ed.

